

CARMEN LAFORET EN INGLÉS

RAMÓN J. SENDER

Con el título *Andrea*, acaba de ver la luz la traducción inglesa de la primera novela de Carmen Laforet, *Nada*. Como recordarán los lectores que hayan leído la obra en español, Andrea es el nombre de la protagonista. Para mí es un nombre con resonancia amable porque era el nombre de mi madre y es el de mi hija: Andrea.

La traducción de Charles F. Payne, es discreta y respetuosa, aunque podría ser mejor. Siempre las traducciones pueden ser mejor para los lectores que conocen los dos idiomas. El original es mejor, y en este caso, no es culpa del traductor, sino de las dificultades implícitas en la estructura del idioma inglés. Algunos matices del claroscuro del español se pierden o se falsean.

Carmen Laforet es una escritora de gran talento, y la primera que en la historia española nos da entera y sin disfraz el alma femenina “desde dentro”. Naturalmente solo una mujer podría pretender una tarea tan delicada.

En general, y lo mismo dentro que fuera de España, las escritoras con faldas han tratado de mostrarse al público como “grandes hombres”. George Sand, Mme Stael, Virginia Wolf, Gertrude Stein, consiguieron parecer grandes varones. Unas, como George Sand, se vestían de hombres y fumaban en pipa; otras como Gertrude Stein, se cortaban el pelo igual que nosotros. Simone de Beauvoir no hace esas extravagancias, pero escribe como varón, de modo pugnaz y polémico.

Hay otro tipo de escritoras, como Colette y su discípula Françoise Sagan –una discípula que no honra mucho a la maestra-, francamente femeninas pero del género discrepante y al margen de lo convenido. Las primeras querían ser grandes hombres y las dos últimas quieren ser *drôlesses* y llamar la atención por procedimientos de dosificada picardía. En esto cabe naturalmente tener genio, como la sucede a Colette, o carecer de talento, que es el caso de Mlle. Sagan.

Carmen Laforet, nuestra novelista española, no necesita nada de eso. Es, sencillamente, y nada más y nada menos, Carmen Laforet. Desde su primera novela, *Nada*, nos muestra su jardín secreto sin impudicia y sin falso recato. Nos muestra la sutil complejidad de un alma femenina que pasa por la vida con su sensibilidad alerta y una enorme curiosidad intelectual. Y nos cuenta lo que siente y lo que piensa. Y también (antes que nada) lo que ve. A través del famoso realismo español, se nos supone a los escritores hispánicos

una cierta maestría natural en la manera de recrear la naturaleza física, es decir, de mostrar el mundo visual. Y no se hable de “realismo fotográfico”, porque el de Carmen es un realismo de esencias.

Lo extraordinario de esta novelista en plena juventud, y lo que a todos nos asombra, es la fortaleza y la armonía de su temperamento. Pocas veces esas dos cualidades (temperamento y templanza armoniosa) se dan juntas en una sola persona. Lo más frecuente y lo más fácil es abandonarse a los extremos.

Comenzó Carmen Laforet con una obra maestra, *Nada*. Después publicó *La Isla y los Demonios*, sobre el mapa sentimental de su adolescencia en las islas Canarias. Más tarde *La Mujer Nueva*. Muchos críticos han hablado de “autobiografía”. Ciertamente, un novelista extrae de sí mismo toda la sustancia viva de sus novelas, y así sucedió con Dostoievski, con Tolstoi, con Balzac, con Stendhal. ¿De dónde vamos a sacar nuestra experiencia vital sino de nuestra propia memoria intelectual, moral, sensitiva? El único problema importante del proceso de creación de un novelista está en el don selectivo natural. Nuestra memoria es un delicado registro que elimina lo secundario y conserva y clasifica lo esencial. Hay novelistas que toman notas. Otros dejan que su temperamento y su sentido natural de los valores guarden lo que debe ser guardado y olviden lo intrascendente. Ninguna novelista como Carmen Laforet da la impresión de haber confiado más en la rica espontaneidad de su don selectivo.

Hablábamos antes de las mujeres de letras que querían ser “grandes hombres”. En España hemos tenido un ejemplo relativamente reciente: Emilia Pardo Bazán. Cuando escribían sobre la mujer daban la impresión de escribir como escribimos nosotros, es decir, desde fuera. Carmen Laforet, entre las muchas novedades maravillosas que nos ofrece, nos encanta con la mayor de todas: la vida interior de un alma genéricamente diferenciada que no pretende imitar al gran hombre ni a la *drôlesse*. El alma de una mujer en todas sus dimensiones dulces o ásperas, graves o ligeras, hondas o superficiales, trascendentes o inmanentes dentro del gran mosaico de la vida ordinaria. Sobre todo eso, una maravilla aún: la de la armonía. ¡Qué sutil instinto de la armonía en todo lo que escribe!

Y además, el sentido lírico, más fuerte en *Nada* que en las novelas que la sucedieron (lo que parece natural, si recordamos que es una novela del tiempo adolescente); es curioso observar, sin embargo, que *La isla* es más rica en psicología y *La Mujer Nueva* en sentido moral y en insinuaciones metafísicas. Sin duda se trata de un proceso natural de madurez en decisiva plenitud. Hoy Carmen Laforet nos da sus narraciones recientes con una

seguridad y maestría totalmente logradas. Uno se pregunta qué podrá escribir todavía en el futuro esta mujer en plena juventud.

Porque tuve el privilegio de conocerla personalmente hace poco y me llevé una gran sorpresa. Yo sabía que había fundado un hogar feliz y que tenía cinco hijos (tres niñas y dos varoncitos) y esperaba hallarme ante una matrona grave, espesa y densa de carácter, un poco fuera de los estadios tempranos. Y, sin embargo, cuando vino a mi Universidad y la presenté a mis estudiantes, se confundía con ellos como uno más. Misterio de la juventud que sólo el trabajo intelectual es capaz de hacer en los verdaderamente merecedores. Es cierto que Carmen Laforet no tiene por qué dejar de sentirse joven –dudo que haya llegado a los cuarenta-, pero lo más curioso era que los estudiantes repetían sonrientes (ellos y ellas) las mismas expresiones de ingenua sorpresa.

Yo también creo que el trabajo intelectual (sin envidias, rencores, impacencias ni vehementes instes) es el ejercicio más saludable del mundo. Cuando le preguntaban a Bernard Shaw qué había hecho para llegar tan juvenil a los noventa, solía responder: “Leer y escribir”.

Una de las características de las novelas de Carmen Laforet es cierta sencillez fragante que suele parecer inextinguible en los grandes talentos. A los elogios de sus camaradas, que celebran con entusiasmo alguna de sus novelas largas, suele responder con objeciones. Es decir, que sus amigos tenemos que defender sus libros contra ella misma. A veces la hemos oído decir de *La Mujer Nueva*: “Sí, pero falla en la perspectiva”. ¿Qué perspectiva? Cada uno tiene de la perspectiva y del espacio o del tiempo el sentido que quiere tener, y Carmen Laforet no pretende inmovilizar en los remansos del tiempo ni del espacio ninguna clase de realidad. Su novela empieza en plena fluencia y en plena fluencia termina. Pero entre el principio y el fin ¡cuánta maravilla de observación, de análisis, de sugestión y de don insinuados frente a los grandes problemas del mundo!

Para mí esas tres novelas que he citado –por no citar otras cuyo comentario exigiría más espacio- representan el proceso de depuración de un alma ya inicialmente pura, pero necesitada, como la tuya y la mía, lector, de resistencias y de defensa contra las asechanzas de la realidad en un tiempo tan agitado y turbio como el que vivimos. La experiencia es grandiosa si estudiamos cada una de las protagonistas de esas tres novelas y los reflejos de sus immaculadas desnudeces en los mármoles de esa ciudad esencial en la que se agitan después de una guerra civil, que dejó a la sociedad escéptica y exhausta, gozadora y descreída, pragmática y cínica. Viéndolas en su conjunto, esas tres novelas son un “camino de perfección”, mucho más rico e inspirado que el de Pío Baroja, y de una dulce armonía de dobles y triples

fondos. Carmen Laforet, que es conocida ahora en Norteamérica, debe ser conocida en todo el mundo como lo es hace tiempo en su patria.

Los libros y los días

8 de junio de 1966